

ken y luego fué a residir a Nueva York, esperando la salida de cualquier expedición revolucionaria que lo llevase, de nuevo, a Cuba.

Mientras llegaba el momento de partir, Zenea se ocupó en la escritura de artículos en que, abogando por los derechos de la patria, hacía ofensas directas al Capitán General. Enviaba, en persona, estos artículos al ofendido, por lo que éste reunió Consejo de Guerra que lo sentenció, en la ausencia, a garrote vil, condena de costas, etc...

En vano esperó Zenea la salida de una expedición que lo llevase a tierra cubana.

El gobierno de los Estados Unidos, antes propicio a nuestra causa, se tornó, *de impromptu*, adverso, en virtud de sus serios problemas interiores: la prevista guerra de secesión que los obligaba a reconcentrar sus fuerzas dentro de su propio territorio y a evitar complicaciones extranjeras.

Aquello que los cubanos lamentaron entonces, el fracaso de la intervención americana, que hubiera traído como inmediata secuela la anexión de Cuba a la poderosa nación vecina, produjo en el ánimo de Zenea, la más desgarradora de las desesperanzas, y a favor de un indulto general que promulgó un nuevo gobernante, al hacerse cargo del mando de la isla, don Jacobo de la Pezuela, volvió a su país, donde permaneció diez años consecutivos, ganando la vida como profesor de idiomas, inglés y francés, y enseñando instrucción, en general, en los colegios privados.

A su retorno a la patria encontró en letras un renacimiento. Halló un periódico llamado *La Revista de la Habana*, donde colaboraban, Mendive, que era su director, Fornaris, Luaces, Villaverde, Milanés... y donde, desde luego, fué acogido Zenea, con singular entusiasmo.

Los primeros versos que publicó en *La Revista de la Habana* son los titulados *Sobre el Mar*, que parecen inspirados en lecturas de Lord Byron. Los cuales luego insertó en su primer libro de poesías titulado *Cantos de la Tarde*. Esta composición que no es ni buena ni mala, nada hace vislumbrar el genio poético de Zenea.

Si la influencia del norte le hizo escribir a los soplos de Byron, ya por entonces empieza a sentir la francesa que se trasluce en *Amor Predestinado*, la cual encabeza con un dístico de Lamartine.

Y porque hubiera de sentir todas las influencias, con su vuelta a Cuba, se deja impresionar por la poesía tendenciosa de Milanés, escribiendo su detestable poema *El Hijo del Rico*.

Esta *Revista de la Habana* comenzó a publicar los *Cantos de la Tarde* de Zenea, en hojas sueltas, las cuales se repartían con el periódico; pero como entonces éste dejó de editarse, quedó en suspenso la publicación, hasta que en 1860 fué lanzado al público por la imprenta *La Antilla*, precedida de un prólogo de Joaquín Lorenzo Luaces.

Pocas son las poesías de este libro reveladoras del Zenea de *Los Nocturnos*: la introducción, en cuartetos asonantados es de una melancolía y un claro oscuro encantador, donde la idea *mussetina* del sauce, que tantas veces, hasta en la hora sombría de la muerte, lo apasionó, se hace verso, por primera ocasión.

La segunda poesía, esa que lo popularizó a tal modo que se le denominaba el cantor de *Fidelia*, es un romance que tiene pocos parecidos, y ningún igual, en nuestra literatura. En él son evidentes las reminiscencias de Musset. Mas que reminiscencias, pues que Zenea tiene ocho versos en él, que son casi traducción de seis, en el *Souvenir* del poeta francés. Zenea ni lo disimula ni lo esconde. Sólo usa en ellos una transposición al enunciarlos. Sólo cambia una palabra: donde Musset dice

*éphémère*, Zenea dice *suprema*. Eso es todo. He aquí los versos de *Fidelia*:

Tomamos ¡ay! por testigos  
de esta entrevista *suprema*  
unas aguas que se agotan  
y unas plantas que se secan,  
nubes que pasan fugaces,  
aves que rápidas vuelan,  
la música de las hojas  
y el perfume de las selvas...

Compárense con los del *Souvenir*:

Ils prissent á témoin de leur joie éphémère  
un ciel toujours voilé qui change á tout moment...  
Tout mourrait autour d'eux, l'oiseau dans le feuillage,  
la fleur entre leur mains, l'insecte sous leur pieds,  
la source desséchée où vacillait l'image  
de leur traits oubliés...

Mas volvamos a nuestro romance *Fidelia*. Hay que contar algo acerca de él. Dicen algunos que Zenea afirmaba el sentido simbólico de esta poesía, en la cual la amada muerta era la personificación de su tierra en ruinas y sin esperanzas de redención; mas, por otra parte, él cuenta en sus memorias tituladas *Lejos de la Patria*, la génesis del mismo, refiriéndolo, con toda claridad, a la muerte de una niña que amó en su primera juventud.

No es dudoso, pues que los poetas suelen hacer de estas coyunturas, que ambas ideas y sentimientos coexistieran en él en los momentos de escribir el romance, haciendo una síntesis que se pudiese aplicar a ambos duelos.

Pero esto, o que se refiera a uno u otro particular, exclusivamente, faltando la afirmación del autor, es imposible de comprobar.

El soneto *El Lunar*, es otra de las buenas composiciones de *Los Cantos de la Tarde*, el cual es manso y natural como agua de dócil corriente:

Dejó un arcángel las celestes salas  
para verte nacer, y enamorado  
te tocó junto al labio sonrosado  
con la ligera punta de sus alas.

Para aumentar tus naturales galas  
queda el lugar, en que tocó, manchado,  
y tantas gracias a tu rostro ha dado  
que al mismo autor de ese lunar te igualas.

Yo que te adoro y que por dicha mía  
amante soy de una mujer tan bella,  
contemplándote, a solas, me embeleso.

Y para nada ambicionar, querría  
donde el arcángel te dejó esa huella  
dejarte el alma entre la miel de un beso.

Este, su primer libro fué refundido y aumentado en edición completa de sus versos, después de su muerte. En ella aparecen composiciones que dejan inmortal el nombre de Zenea. Yo no citaré ni *El Recuerdo*, ni *Las Misas de Monserrate*, ni *En Greenwood*, ni la *Elegía a Adah Menken*, porque para mí todo Zenea está en los nocturnos que tituló *En días de esclavitud* y en las composiciones, escritas en el calabozo de La Cabaña, que han pasado a la historia con el nombre de *Diario de un Mártir*.

Mas, volvamos al poeta después de este breve anticipo: durante su larga permanencia en la Habana logró hacer algunos ahorros, que reunidos a una corta suma que heredara su esposa, fué un pequeño capital con el que decidió trasladarse a Nueva York, de nuevo, para emprender negocios comerciales.

Ya en 1861, antes de este viaje, había publicado el segundo de los nocturnos, a que antes se ha aludido, el